

Diario de una cuarentona en cuarentena.

VIVIENDO
UNA
PANDEMIA

Vanesa Moliner



Después de los 40 y durante

A mí, como a tantas otras personas, el cumpleaños me sorprenderá en plena pandemia, un 12 de abril de 2020, cuando llevaremos apenas 30 días metidos en casa sin salir. 30 días desde que se decretara el estado de alarma y me convertiré en una cuarentona en cuarentena ¡lo estoy deseando!

Hace ya dos días desde que nos encerraron, estamos todavía a 16 de marzo de 2020 y no veo un mejor momento para empezar este libro de humor, amor y sexo, de confesiones entre mujeres. Así que te pido por favor que, durante este cambio de década tan divertido, me acompañes para reírnos juntas. Seguro que lo pasamos genial repasando todas esas cosas, a veces absurdas, que hacemos y pensamos juntos los seres humanos.

Y es que después de los 40 las cosas cambian. Aunque la verdad es que todavía no los he cumplido, como te decía, pero como apenas faltan 27 largos días (no sé cuántos de ellos de encierro) es como si ya pudiera olerlos. Así que me voy a permitir ciertas afirmaciones y el mes que viene ya las corroboraremos.

Si quieres que te diga la verdad, lo único que siento en especial, con los 40 acercándose, son súper poderes. Porque es una edad en la que parece que puedes decir cualquier cosa y tienes inmunidad total y completa.

Ya no eres demasiado joven para según qué comentarios ni tampoco queda raro que enlaces un montón de palabrotas en un desahogo verbal puntual. Haz la prueba. Puedes hablar de sexo sin tapujos, tener juguetes y tampoco queda raro que vivas sola con gatos. Es más, después de los 40 casi te corresponden por Ley, al menos si estás soltera y vives sola.

Sin duda puedes permitirte muchas licencias que antes no te hubieras atrevido a imaginar. Y ese empoderamiento de tener ya los 40 o casi, es como ese aire de seguridad de quien ya estás de vuelta de todo. Un chute de valor que aparece sin más a lo Chenoa. Algo que creo que nos hace más atractivas a los ojos ajenos.

En este libro voy a hablar de barbaridades, de todas las que me apetezca. Comentaré situaciones de todo tipo, mi experiencia con Tinder, los achaques que me surjan y todo lo que me dé la gana.

Te propongo la experiencia de hacer tú lo mismo. Puedes hablar con tus amigas de lo que se te ocurra, preguntarles dudas y contarles tus propias anécdotas. Seguro que entre todas esto es mucho más divertido ¿te apetece? Empecemos.

Hacer el gamberro a los 40 está bien visto

¡Cuánta presión para el primer día! Pero allá va.

Una de las cosas más divertidas de cumplir 40 años es que puedes hacer el gamberro *et voilà* ¡está bien visto! No es como cuando te montas en una atracción de feria siendo adolescente, que ya sabes que hay opciones que no debes escoger. Para que tus amigos te respeten debe ser alguna no carente de cierto peligro, como los coches de choque o aquel pulpo que agitaba sus tentáculos contigo encima. Entenderás que yo fuera una inadaptada social ¡me cagaba con cualquier cosa!

Sin embargo, a los 40 es perfectamente lícito que subas a un castillo hinchable o que te cueles sin niño en el cine para ver una de dibujos ¿no es genial? Creo que esto debe ser lo más parecido a la evolución natural. Algo así como El curioso caso de Benjamin Button, pero sin Brad Pitt.

Podemos ser alocadas, probar suerte bajando en pijama a tirar la basura o afirmar que ¡este fin de semana voy a salir a bebérmelo todo! Sin que nadie te mire ni medio mal. ¡Cómo me van a gustar los 40!

Aunque luego tienes esa parte que te aprieta en algún sitio del cuerpo los domingos por la noche o cuando tienes trabajo pendiente. Una especie de sensación de "mal rollo subido" que no te deja vivir hasta que te pones y haces lo que tienes que hacer.

Lo siento, esa pizca de responsabilidad también va en el lote. No lo podemos evitar, pero cumplir 40 no significa perder la cabeza sino centrarla.

Llegamos a los 40 y, sin querer, se nos ha caído por el camino el rollo ese del "qué dirán" (aunque yo confieso que lo perdí por ahí hace tiempo), que ¿qué dirán? Pues cada cual lo que quiera decir pero nosotras haremos lo que nos dé la gana, no lo olvides.

Creo que los 40 son el principio de la revolución personal, el punto justo entre la cordura, la locura o los pies en el cielo y en el suelo al mismo tiempo. Los hombres que todavía no estén quedándose calvos pensarán lo mismo, el resto estarán ocupados inventándose una crisis para poder comportarse irracionalmente.

¿Cuándo fue la última vez que hiciste una locura que te saliera gratis a nivel moral? Si fue hace menos de un año, sin duda eres una persona genial, pero ¡pon fecha para la próxima! Para el resto ¿a qué esperas? El mundo no va a esperar por ti y el tiempo tampoco.

Por cierto, me encantaría ir con mi hermana, mis primas y mis amigas a Las Vegas a celebrar mi cumpleaños. Quizás en otra ocasión en la que estemos un poco más "suelos".

La vida nos vive irremediablemente; fíjate en la cantidad de planes que teníamos para este mes y mira: todos encerrados en casa.

De un día para otro. Seguro que dentro de unos días salimos a los balcones a pedir a gritos gente con quien hablar ¡somos así! Pero el mes pasado le dábamos más importancia al Whatsapp que a los abrazos ¡ay, qué tiempos aquellos cuando nos tocábamos libremente!

Yo te diría que todavía no he perdido la cordura, al menos en lo que al papel higiénico se refiere, pero cuando me pongo a dar vueltas por el pasillo como las ratas en sus ruedas para completar el número mínimo de pasos diarios... Ay, eso ya es otra cosa ¡serán los 40!

La verdad es que es fascinante poder decir que a veces te arrepientes de tener hijos, que el parto no es tan chuli como lo describiría un oso amoroso, que quitarse el sujetador es un placer como pocos y que todas, en algún momento de nuestra vida, hemos preferido llevar unas bragas al más puro estilo Bridget Jones.

Una cosa está clara: si tienes ya 40, más menos 10 o por ahí, te mereces expresarte sin miedo al qué dirán, decir las cosas claras cristalinas, tirar los tejos impunemente y concederte un capricho (si tiene que ver con salir se te acumulará hasta nueva orden).

Creas en un dios, en buda, en la tierra y el agua o en la energía del universo, este mundo es para ti; te queda mucho por hacer, mucho que vivir y mil cosas que aprender ¡no te pierdas nada! Y eso de vivir a medias se tiene que acabar.

Todos tenemos que disfrazarnos en algún momento de lo que no somos y, durante el día, medimos nuestras palabras según estemos hablando con nuestro jefe, un desconocido, el tipo que nos gusta, las compis de trabajo o la abuela, pobre. La mía ya me ha llamado para decirme que no tiene miedo a la muerte.

Pero eso es más de Borja Vilaseca y su libro ¿Qué harías si no tuvieras miedo? Mi abuela me besaría y me abrazaría hasta ponerme morada. Eso pronto: número 1 de mi lista de tareas cuando termine el encierro.

Y a ti ¿qué es lo que más te atormenta? ¿Qué es eso que no eres capaz de contar a nadie?

Es una putada reprimirse, puede que en la Edad Media fuera digno de halagar por estar dentro de los modales deseables, pero ahora es una condena que nos mete peso extra en algún michelín mental hasta provocarnos arrugas adicionales. Ni hablar de esas tonterías.

Hay un inconveniente, en realidad una recomendación; si es algo que le tienes que decir al churri, quítale peso y evita ser cruel. No creo que hacer daño a otros esté justificado por la edad. Intenta pensar que él también se enamoró de ti en algún momento y el hombre hace lo que buenamente puede (o no). Pero hablarse claro no es herir, es ser sinceros, con intención de no caer en los mismos errores y ojo: si abres la caja de pandora quizás él también tenga algo que decirte a ti. Ponte antes la peli de Rocky Balboa, solo para entrenar tu

capacidad de recibir esos "golpes que te da la vida" y seguir avanzando.

Bueno, esto no es un libro de auto ayuda, así que ya corto el rollo este.

Tinder y su "chica conoce a chico"

Va, vamos a por el salseo.

Yo me creé una cuenta en Tinder poco después de cumplir los 39 años (en breve celebro mi primer aniversario dentro de la app) y fue justo un día en el que, comentándolo con las compañeras de la oficina, dos de ellas coincidieron en recomendarme la aplicación (una de ellas mi prima Maite, besitos).

Que bueno, si dos coinciden ¡habrá que probarla! Curiosamente las dos felizmente emparejadas, pero a la antigua usanza. Esto es con noviazgos que pasan de las dos cifras.

El caso es que lo hice y se abrió para mí todo un catálogo de hombres de todo tipo (qué crueldad para las hormonas sensibles, por cierto) y lo de catálogo es literal. Allí podías quedarte tonta pasando páginas llenas de fotos de machos, machotes y machitos; afeitados, ciclados, del montón, especímenes extraños y de más fauna autóctona, incluso parejas buscando mujeres para tríos ¡una revolución en tu móvil!

Lo mejor de todo posiblemente sea el que ellos no pueden hablar contigo (ni tú con ellos) si ambos no coincidís. Y así vas viendo fotos y clasificando las que te gustan y las que no, igual que ellos.

Que claro, me decían: "tú escoge a los hombres que no se pongan foto de la cara, solo del torso o algo así y ve al grano", ¡una cana al aire! ¿Cómorr? Aquí debo confesar que yo les había contado que el cuerpo me pedía guerra, pero que no tenía ganas de líos. De ahí sus recomendaciones.

Pero eso no me sale, es como... ¿Y si tiene bichos incorporados o es de esos que tienen un concepto del sexo en plan cortoplacista (5 minutos o menos) y fin? ¡Ay! Es que no mola. Pero no es que no tuviera ganas de desahogarme con un meneo épico... En fin. Sentimientos encontrados. Eso me pasaba porque aún no tenía los 40.

Pero bueno, intentarlo lo intenté. Hablé con uno que buscaba una aventura, pero después dijo que estaba casado y que su mujer no sabía nada y salió la feminista que llevo dentro:

- Pues díselo hombre, no tengas la cara tan dura y deja que ella lo sepa y que, si quiere, haga también lo mismo.

¿Dónde está el botón? Desmatch, desmatch...

No, la verdad es que me van los buenos chicos, esos que no te enseñan las tetillas antes de ver al menos sus ojos. ¡Qué se le va a hacer! Y no, no soy romántica ni un pelo, pero es lo que hay.

Aunque eso lo hace más aburrido, porque claro, los buenos chicos quieren charlar un poco, conocerte, saber si eres normal o si sigues sin pareja a los 40 porque estás para que te encierren... Y qué difícil es eso. Lo de la charla digo.

Y lo cierto es que yo en las conversaciones por Tinder soy más seca que la mojama, cortante y antipática ¡un milagro que una conversación pase de uno o dos días! Me sale sin querer y forzar lo contrario queda raro, como de trastorno mental. Por eso es interesante quedar con ellos, algo rápido, una cerveza al salir de trabajar y, si no va bien, puede bebértela en tiempo récord y "¡ay, lo siento, que mañana madrugo mucho!", pies para qué os quiero.

Mi primera cita fue la peor de la existencia. Yo quería ir al cine sola, algo que me encanta (para ahorrarme las explicaciones de mis gustos subversivos, tipo Conan, Rocky o Los Mercenarios) y el caso es que el chico con el que hablaba insistió en acompañarme. Que digo yo, si en el cine no se puede hablar, pero bueno, todo sea por Tinder (no tendría que habérselo contado).

Le dije que sí y fuimos a ver "mi peli", durante la que el tipo salió al menos dos o tres veces de la sala (¿incontinencia tan joven? Pobre). Y al terminar nos tomamos la sufrida cerveza para llevar a cabo la prueba de fuego. Pero vaya, que el chico estaba como muy nerviosos y yo pensando: "a este no le he gustado nada" y se me iban acabando las ganas de hablar y va y me suelta: "ya no puedo aguantar más, tengo que

fumar". ¿Cómorrrrrrr?

Yo soy absolutamente despiadada con esto y más al ver que el catálogo Tinder es infinito. No tengo edad para conformarme (ni ahora ni nunca) y en mi perfil pone en la primera frase NO SOPORTO EL TABACO seguido de señales de prohibido. ¡Qué morro el tío! ¿No sabía leer?

Bueno pues me levanté y me fui. A no, primero tuve que llevarle a casa porque él no tenía coche ¡pero qué trayecto más largo! Y después me fui. ¿Estamos tontos o qué?

Recibí mensajes del tipo ese en plan "es que así es mejor, como tú no fumas, será un estímulo para dejármelo", ¡encima quería usarme como terapia gratis! Y ya con indignación me soltó un "¡pues la película que vimos es la peor que he visto en mi vida!". Genial, garantía de que no volveremos a coincidir en el cine. Y la moraleja es que los hombres despechados también existen.

Jo, nos lo ponen difícil si no leen o si no son sinceros, porque no ven que en realidad todos buscamos lo mismo o no lo buscamos, pero tener a alguien al lado por no estar solo NO ES ACEPTABLE. Así se está divinamente y si hay que ceder espacio a otro, que sea al menos porque compensa, porque vale la pena.

También debo decir que las citas son... Complicadas. Vas a conocer a alguien nuevo que va a estar

evaluándote en todo momento; pendiente de cómo hablas, lo que dices, cómo te desenvuelves y eso es una garantía casi total de que algo saldrá mal. Aunque solo sea por la tensión que genera.

Cuando yo intento parecer más normal es cuando me sale ese ligero porcentaje de asperger autista que llevo codificado en algún lugar de mi ADN. Ese punto antisocial que siempre consigue que diga lo menos adecuado o que tire la sal o que parezca forzada o, como dice la canción de Dani Martín, que saque una chulería rara para camuflar mis inseguridades.

Lo chistoso es que para ellos será tres cuartos de lo mismo ¿no? Estamos todos tontos perdidos, creo que esa es la conclusión más acertada.

Después de aquella horrible cita, con el horrible hombre sin sombra, pasé meses sin entrar y he retomado mi actividad hace solo unas semanas, lo justo para que todo se haya quedado en *standby* por el encierro que ha provocado el bicho-virus.

¡Ah! Y he dado desmatch a todos los acumulados. Se avecinan tiempos difíciles para las relaciones.

Mi primer piso y otras cosas de los 20

Los 20, pero ¿cuántas vidas hace de eso? Creo que fue entre los 18 y los 20 años cuando llegué a cambiar de vivienda unas 12 veces o más, por circunstancias. Una vez viví un mes en una caravana dentro de un camping ¡una aventura! Hasta que a los 20 me compré mi pisito de tres habitaciones en Castellón, detrás del estadio Castalia.

Me hacía una ilusión que no me cabía dentro y lo cuento en casa y mi abuela: "¡estás loca, pero si tú no sabes lo que es eso, te arruinarás!". Todo paz, amor y confianza, que eso refuerza mucho. Y es que la pobre es de esas mujeres que sufren todo por duplicado, para que no se lo tenga que contar nadie. Si pueden haber dos opciones, siempre va a pasar lo malo o lo peor, así sufre el por si acaso previo y, cuando pasa, sufre otra vez, claro ¡que no falte sufrimiento propio y ajeno para alimentar el espíritu!

Ahora ya no hay nada que hacer, tal y como ella dice, lleva así 87 años, ya hemos llegado tarde. Pero no será porque no lo intentamos y le damos la chapa para ver si es un pelín más positiva, pero nada. Ella no ha visto un vaso medio lleno en su vida y así la queremos.

El caso es que, después del susto previo, me compré el piso. Era el año 2000 y las condiciones estaban muy bien, incluso pagaba poco menos de letra que de alquiler.

Debo añadir que no ganaba mal, unas 160.000 pesetas de entonces, eso sí, yo he estudiado y trabajado toda mi vida y cuando no estudiaba trabajaba y trabajaba o trabajaba, trabajaba y trabajaba o trabajaba estudiaba, que por eso había paro entonces. Lo siento.

Pero vamos, que por si no fuera bastante emocionante eso, llego a casa y digo: "oye, que quiero ser militar profesional". Me meo solo de pensar la cara que puso mi abuela, le faltó llorar (pobre).

- Hija que te van a matar ¡no vayas!

Es que no podía ser de otra manera. Me diréis que lo hacía solo por fastidiar, pero en realidad quería probarme, vivir una situación así, no sé, reconstruir las telecomunicaciones en el mundo (entonces sí que tenía yo un punto romántico que pa'matarme). Eso y todas las pajas mentales de las pelis, que como nosotras no hacemos la mili, pues solo nos queda ver cómo la sufren otros. En fin, que yo quería superar esa prueba.

11 años probando estuve y sigo viva. Una experiencia que ya no me tienen que contar, pero con sus más y sus menos. En el ejército hay mucho machismo todavía o había cuando yo era joven. La putada es que ahí va por rangos y solo hablan los de arriba, así que si estás abajo solo oyes y callas.

Conste que saqué un 10 en tiro, la única de mi promoción, lo que me valió un diploma extra del General de entonces y alguna mirada de asco al llegar a mi primer destino.

El tiempo de encierro en la academia fue genial, como estar en un internado. Yo tenía mi pisito de Castellón recién comprado, pero como cobrábamos unas 80.000 pesetas, prefería evitar gastos y me quedaba en Madrid todos los fines de semana.

Allí, en pleno invierno en la sierra madrileña y con un jefe en la academia que era fan de las pelis aquellas sobre reclutas. La primera noche nos suelta:
- A partir de mañana vuestros culos serán míos (olé ahí maestro ¿de qué diálogo lo habrá sacado? ¿No te suena?).

Es normal, tenían que apretarnos un poco y la verdad es que funcionaba. Entre los que se iban a sus casas llorando, los que desistían al primer grito y los que perdieron la cabeza durante la instrucción, al final nos quedamos cuatro gatos. Fue muy divertido; sufrir una mucho. Mi círculo cercano eran Yaiza, Raúl, Nuño, Esther y las de mi habitación.

Si os cuento que hasta nos duchábamos con los fusiles ¡pero qué tiempos aquellos! Creo que todos deberíamos vivir algo así al menos una vez en la vida.

También te digo que nunca había pasado tanto frío en mi vida (ni antes ni hasta el día de hoy) como el que pasé allí ¡vaya tela! Y el iluminado de turno, que era fan de La Chaqueta Metálica, nos suelta una mañana: "esto no es frío, hasta que no haya tres o cuatro muertos congelados en la cuneta no diremos que la mañana es fresquita" (estaba sembrado).

Ey, un día paseando por Hoyo de Manzanares casi nos atropella Andoni Ferreño con su 4x4, en Kinépolis nos encontramos a Pedro Piqueras y vimos a un par de famosos más por Madrid paseando. Se cierra el inciso.

Cuando ya me vine para Valencia, a mi destino como militar profesional, la cosa era diferente. Los primeros años fueron medio raros; había todavía algunos haciendo la mili obligatoria y nuestra figura era un poco nueva, así que tampoco sabían bien como tratarnos del todo.

Tiempo después entré ya en Líneas y Redes y eso fue bastante más divertido, además aprendí muchísimo, pero ahí sí que tuve que aguantar a cada pieza ¡un placer para los sentidos!

Había un jefe bastante capullo (esta anécdota la cuento siempre) que tenía la oficina en el Centro Cultural de los Ejércitos ¡ahí es nada! Y como yo tenía más experiencia en la oficina técnica, me tocaba enseñar a las nuevas incorporaciones. El caso es que estaba trabajando con un compañero y le enseñaba a instalar una roseta de red (para conectar un ordenador) y entra el tipo a la oficina en ese momento, me ve con el taladro en la mano y suelta:

- El la primera vez que veo a una mujer con un taladro (tono de burla).

- Pues es más fácil que poner la lavadora porque aquí solo hay un botón, no tiene pérdida.